

Fidelidad, opción fundamental de la Vida Consagrada

La fidelidad es una opción fundamental para el religioso. A través de este número de Testimonio se nos va a decir también que es una opción *posible, necesaria e indispensable*. Para que así sea nos llegan de los autores orientaciones para sentir la necesidad de la fidelidad, para que nos la imaginemos creativa, la hagamos realidad y compartamos nuestro caminar ininterrumpido hasta llegar a la meta, el cielo.

La fidelidad es *posible* pero difícil y, para algunos, imposible. Es mejor optar por la sinceridad. Por eso son tantos los abandonos de la Vida Consagrada y las separaciones en la vida matrimonial. En nuestros días está “asediada” y “amenazada”. La infidelidad es muy abundante. La moneda de la Vida Consagrada en realidad tiene una doble cara: la de la infidelidad, de las dificultades, de la fragilidad, del abandono; y la hermosa cara de la perseverancia, de los vínculos cada día más fuertes, y de la gracia. Está claro que no hablamos de un problema sin solución, pero tampoco de un problema con fáciles alternativas. La cultura actual nos lleva a negar la fidelidad que está en crisis; refuerza el valor de lo provisorio, del cambio y de la espontaneidad y el desorden afectivo de nuestra sociedad. Darwin, ya hace unas cuantas décadas desechó la idea de una creación estática con su teoría de la evolución. No hay duda que hoy se da más valor al movimiento y al dinamismo que a la estabilidad. Está de moda la infidelidad. En la Vida Consagrada las salidas son muchas y significativas. La fidelidad *tiene que ser cuidada y curada por una vuelta a lo esencial*. Se trata de evitar la abundante fragilidad vocacional. La persona que hace posible en su vida cotidiana la fidelidad genera vida, recrea el entusiasmo y vive feliz. “Nadie es más frágil y más inseguro que el privado de fidelidad. Esta desaparece en el momento en que dejamos de cuidarla” (L. Lavalle). Las personas y los grupos tienen que ponerse en

condiciones para hacer posible la fidelidad y formarse para ello. La infidelidad paraliza.

La fidelidad *es necesaria* para todos y en todo lugar. Es el único modo de llegar a la fecundidad. Se sufre mucho con la infidelidad. No hay duda, que se pueden superar las crisis vocacionales, salir de ellas y llegar a un entusiasmo renovado en la Vida Consagrada. Para hablar bien de la fidelidad es necesario dialogar con los que abandonan los compromisos adquiridos, pero sobre todo con los que son fieles. No son pocas las llamadas a una mayor fidelidad y a no perder el entusiasmo vocacional inicial. Si la fidelidad es necesaria hay que formarse para ser fiel, cuidarla, y para ello hay que pasar a la acción. Son muchas las sugerencias para que los religiosos den ese paso, sugerencias que en este número de Testimonio vienen de laicos y de consagrados, de jóvenes y de personas de edad madura. Quizás la mayor sería *acercarse a las personas garantes de la fidelidad*, a quienes transmiten a los grupos, por su testimonio de vida, las condiciones de una vitalidad tal que hace posible la fidelidad. La persona fiel experimenta una gran alegría y su vida se hace fecunda. Todos estamos buscando los caminos que hacen realidad algo que es necesario, la fidelidad. Desde ese principio negamos rotundamente el dicho de que los mejores se van de la Vida Consagrada, a los peores se les envía fuera, y permanecen en ella los “medianos”. No podemos olvidar que *en el corazón de la fidelidad está la persona de Jesús, y él nos pide fidelidad*. A su vez, hace bien desarrollar una antropología sana y realista que sea la base de la fidelidad y que nos la haga sentir necesaria. Los que la llegan a ver así perseveran creativamente.

En fin, la fidelidad es *indispensable*. Es grande la admiración que se experimenta y provoca la celebración de la fidelidad de 25, 50 o 75 años en la Vida Consagrada o en el matrimonio. En esas fiestas se repite que Dios es fiel y nos quiere fieles. Es un gran signo de vitalidad y, para algunos, “el” signo de vitalidad. La fidelidad nos pone en el corazón de la Vida Consagrada y nos lleva a asumir sus principales dimensiones. La Vida Consagrada está en el corazón de la fidelidad ya que debe ser una auténtica escuela de la misma, y a su vez, la fidelidad está en el corazón de la Vida Consagrada. En efecto, ella es indispensable en las personas o las comunidades para llegar a la santidad, al martirio, al servicio ininterrumpido, a la alegría plena, al “amén”, a la fidelidad creativa, al cielo... Es indispensable, porque nuestra fidelidad se basa en la fidelidad de Dios que está garantizada, y el permanecer en lo prometido es un don suyo. *Pone pasión en nuestra vida*. Sin fidelidad no se puede vivir, ya que no se trata, en primer lugar, de una fidelidad a principios y normas sino a personas concretas: a Jesús, a María, a los hermanos, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a los pobres. Para ellos somos religiosos fieles. La entrega es para siempre, y para lo mejor y hasta la muerte... Hay un valor impagable en la duración.

De hecho, solo es posible la fidelidad allí donde hay una pasión ardiente, y esta es indispensable en nuestra Vida Consagrada. La fidelidad nos enseña a disfrutar lo que se hace y se vive, el gozo de la vida cotidiana, la búsqueda insaciable de sentido y de transcendencia. Así, la Vida Consagrada opta irremediabilmente por la fidelidad.

¡Qué grande es la fidelidad! Es posible, necesaria e indispensable, porque mide la calidad de nuestro amor, de nuestra vinculación a lo trascendente; nos hace tenaces y consistentes, felices y de una reciedumbre llena de vigor y ternura.

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM
Director